

PARÁ QUÉ DE UNA ETNOGRAFÍA

REFLEXIONES EN TORNO AL TRABAJO EN CÁRCELES DE VARONES DE BUENOS AIRES

INÉS OLEASTRO

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

**FOR WHAT OF AN ETHNOGRAPHY. REFLECTIONS ON THE
WORK IN MALE PRISONS IN BUENOS AIRES**

PALABRAS CLAVES: cárceles | trabajo de campo | antropología
KEYWORDS: prisons | field work | anthropology

RECIBIDO: 5/4/21
ACEPTADO: 8/7/21

Resumen

Las siguientes páginas son una invitación a reflexionar sobre el trabajo etnográfico en cárceles de varones (cis) de la provincia de Buenos Aires. En diálogo con las discusiones que la antropología ha desarrollado, quiero problematizar la producción de conocimiento etnográfico desde una perspectiva del compromiso, ubicando los múltiples roles que podemos tener en un territorio como docentes, investigadorxs y militantes. Propongo pensar a las cárceles como un territorio propicio para articular estas diferentes dimensiones y roles. Además, se proponen reflexiones respecto al camino recorrido en el campo, a la articulación de diferentes dimensiones que hacen al trabajo de campo y al paso por la cárcel, que se resumen, en la experiencia y en el análisis, en *poner el cuerpo* a distintas circunstancias y, desde allí, construir conocimiento a la vez que intervenir en un territorio tan particular.

Abstract

On these pages you will find an invitation to reflect about the ethnographic work from a research experience in men's prisons in the province of Buenos Aires. In dialogue with classical anthropology, we want to problematize the production of ethnographic knowledge from a commitment perspective, locating the multiple roles that we can have in a territory as teachers, researchers and activists. The article proposes to think of prisons as a propitious territory to articulate these different dimensions and roles. In addition, reflections are proposed regarding the route travelled in the field, the articulation of different dimensions that make the field work and the passage through the prison like "putting the body" to different circumstances and, from there, build knowledge while intervening in such a particular place. Far from reaching certainties, this work introduces some inquiries and reflections to open dialogue and discussion.

Introducción

Las cárceles son de esos territorios de los que muchos dicen saber poco. Pero, ¿Quiénes son lxs que no saben de la cárcel? Seguro que no esas familias que *por h o por b* recorren las filas de visita de los penales, o que concurren al Patronato de liberados para firmar *la condicional*. O aquellxs que no logran ponerse *en blanco* en el laburo porque ahí están los antecedentes penales. Tampoco para lxs agenten penitenciarixs que se pasan horas y horas en esas guardias en [las unidades penales de] Varela, Magdalena u Olmos. Ni para los jueces, abogadx y defensorxs que, desde la lejanía de sus oficinas, reciben o no llamadas desde *adentro* y desde *afuera* por las burocracias judiciales que tanto desesperan. Así como tampoco refiere a las organizaciones sociales y políticas que, por suerte diríamos que cada vez más, eligen a la cárcel como un territorio de transformación. Universidades, organizaciones de DDHH y de cárceles que, en diferentes formatos y proyectos, *pisan* las cárceles para resolver algunas de sus vacancias *junto* a las personas privadas de su libertad. Entonces sí, la cárcel muchas veces es desconocida, por discursos políticos, por sectores sociales que hacen oídos sordos a muchas de sus problemáticas o a la cárcel en sí como problema, pero no lo es, claro está, para miles y miles que dentro y fuera de la cárcel, en ese continuo que no la hace impenetrable, nos aventuramos por sus pasillos, aulas, pabellones, salones de visitas, guardias y canchas.

Las investigaciones en cárceles, en sus múltiples expresiones, desde la sociología, desde la antropología, desde la comunicación social, entre otras—y no por eso menos importantes—suelen tener un condimento “militante” que las encarna. En este sentido hago mío el interrogante: ¿Cómo será que una persona que estudió ciencias sociales

no se sensibilice, empaticé, con una realidad como esa? (Becker, 1967) Además, los marcos que dan y dieron lugar a estas investigaciones, incluso el interés y las preguntas, suelen surgir a partir de experiencias de Programas Educativos en cárceles, Proyectos de Extensión Universitaria, coordinaciones con organizaciones sociales o políticas, talleres y programas de alguna institución. Sin caer en generalizaciones que puedan herir a quien no se sienta representadx, me parece fundamental remarcar este aspecto alrededor de la cárcel como territorio, como espacio, como problema de investigación.

En este artículo propongo dialogar al inicio con la antropología clásica y problematizar la producción de conocimiento etnográfico, retomando también algunos de los quiebres en estos debates e incluyendo algunas corrientes que han sido propicias para desarrollar algunas de las preguntas que guiaron este trabajo. En la antropología se dieron luego una serie de discusiones a partir de los trabajos de Geertz y la posterior crítica posmoderna que, de alguna manera, hacen también de marco a las reflexiones que aquí propongo para el trabajo de campo. Es decir, hay un periodo posterior al de los considerados clásicos donde se abren reformulaciones a esos postulados iniciales y también sirvieron para pensar el trabajo de campo del que surge este artículo.

Buscamos así poner a discutir la propia experiencia en el campo para reflexionar sobre el camino recorrido, los vínculos antropológicos y nuestro compromiso social y político como profesionales. Lejos de llegar a certezas, este trabajo lanza algunas indagaciones y reflexiones para abrir el diálogo y la discusión. En este sentido, la propuesta surge de la necesidad de una socióloga devenida antropóloga que intenta problematizar sus múltiples roles en el campo.

Preguntas sobre el campo

Mi investigación se enmarca en las cárceles de varones de la provincia de Buenos Aires. Este interés surge de una militancia política en aquel espacio¹. Esto trae consigo debates alrededor de la integración entre espacios de intervención de distinto tipo, preguntas, inquietudes, dudas e incomodidades. Se juega la relación también entre ser mujer (cis² y autopercebida como tal) e investigar género en cárceles de varones. Esa tarea no siempre fue fácil ni lo es. Ahora bien, no me interesa reposar en lugares comunes que muestran qué tan difícil es hacer campo allí sino más bien repensar(me) para adecuar estrategias y habilidades a un campo dinámico e interesantísimo como este.

El acercamiento a cada campo implica que como investigadoras o antropólogas pensemos en particular las estrategias a desenvolver. Entendiendo que existen paradigmas, posiciones, decisiones, pero que a la vez cada caso, cada experiencia y terreno plantea sus propios desafíos. Así, cuando me acerqué al campo desde la militancia política creí que era impensado para la antropología o la ciencia en general pensar estos objetivos de manera conjunta, investigar donde tenemos, también, espacios de empatía, de construcción colectiva, espacios políticos. Sin embargo, en el escueto camino recorrido pude ver que no es necesariamente así, y que la construcción de los problemas con compromiso y vinculación con el contexto, con nuestras actividades por fuera del trabajo estrictamente dicho y las inquietudes que tenemos en la vida en general estructuran las experiencias también de antropólogxs a lo largo de la historia. Esto no hace desaparecer la exigencia de generar conocimiento científico a partir de nuestra experiencia en el

¹ En la organización Atrapamuros, de educación y organización en cárceles de la PBA.

² Cisgénero significa que la persona se autopercibe con el mismo género que se le fue asignado al nacer.

campo. No abandonamos el carácter científico si compatibilizamos nuestro compromiso con el contexto social o particular que estudiamos y la responsabilidad de hacer una antropología social rigurosa.

Otra de las preocupaciones que invadían el ejercicio cotidiano tenía que ver con la imposibilidad de acceso a determinados espacios del campo. Ser mujer y estudiar relaciones cotidianas en la cárcel de varones no solo no es tarea fácil sino que presenta límites concretos como la imposibilidad de entrar a pabellones, celdas y espacios que solo pueden ingresar varones y que, en caso de lograr algún ingreso esporádico, sería por fuera de la circulación cotidiana de detenidos. Ante esto, e influenciada por la idea "malinowskiana" del trabajo de campo, creía que sería imposible hacer una etnografía propiamente dicha, que sería imposible "convertirme" en una antropóloga. Pero esta idea tan estandarizada de la antropología fue poniéndose en tela de juicio a medida que me adentraba en los debates etnográficos y pude entender que existían otras formas de hacer etnografía, más dinámicas y más adaptables a campos que son notoriamente distintos al de Malinowski y otros clásicos. Como explica Bover en su trabajo sobre policías: "Si el campo no está en otra parte que allí donde logramos acceder, el acceso no tiene que ver, únicamente, con 'hasta dónde uno llega', sino con las posiciones que uno ocupa en ese campo" (Bover, 2019: 15). Y en este sentido, el autor plantea que justamente el campo es aquello que nosotrxs constituimos como tal, es decir, no algo a priori a lo que se "accede" sino justamente donde se da nuestra interacción.

En el recorrido por autores clásicos, en su vinculación y por lo tanto concepción de "lxs otrxs", surgen muchas indagaciones alrededor de cómo la antropología se para hoy frente a quienes estudia, como construye su idea del "otro". Uno de los principales e incluso más

problemáticos dilemas que me encuentro en la imbricación entre militancia e investigación es ese lugar de "lxs otrxs". En este sentido, un acercamiento militante no es igual a uno de investigación etnográfica, por más que podamos encontrarnos potencialidades en uno y otro lugar. En este sentido, los objetivos son distintos y las expectativas de esos "otros" también lo son, quiénes somos, qué venimos a hacer, etc., no solo no está tan claro sino que además se dificulta con esta especie de esquizofrenia identitaria por parte del investigador/a y en la percepción que lxs interlocutorxs tienen sobre nosotrxs.

Así las cosas, lo que generó aún más incomodidad fue poner en un lugar de estudiadas a determinadas personas con las que la empatía³ no se genera a partir de la concepción "malinowskiana" de esta sino desde un encuentro entre aquella y la exotización "boasiana"⁴ por el sueño militante (por exagerar el término). En este sentido, cuando pienso la violencia, los conflictos, las disputas y todas aquellas acciones, prácticas y dinámicas que socialmente son consideradas socialmente "malas", me encuentro con el dilema del "para qué" de mi trabajo. ¿Cómo mostrar determinadas cosas que afianzan estereotipos, discriminaciones y prejuicios? ¿Cómo hablar de ciertas cosas que refuerzan la condena social y simbólica sobre una población que estudiamos, pero que además queremos transformar? ¿Cuál es el objetivo de nuestra investigación si termina quedando en aquel lugar?

³ Según Malinowski, la comprensión de otra cultura implica empatizar con el nativo, porque cree que así, al "ponerse en el lugar del otro" es como realmente se puede entender al otro.

⁴ Boas resaltaba permanentemente la particularidad de la cultura que estudiaba desde un lugar romantizado. Es en el método donde aparece cierto lugar de exotización, desde que se plantea la necesidad de la inmersión, de la experiencia y la empatía, y la ausencia de contacto con otros blancos. Ese "otro", exótico y romantizado, no debería ser contaminado por los parámetros sociales occidentales. Pero además, como veremos más adelante en este artículo, esa perspectiva nace de las entrañas del descontento con ciertos sentidos de la sociedad occidental y sobre todo estadounidense de aquel entonces.

Por el momento, lo que pude saldar y responder (me) a partir de la conjugación de estas dimensiones lo más armoniosamente posible es que con honestidad etnográfica, intentando destacar aquellas cuestiones de la vida cotidiana, la sexualidad, las relaciones y las masculinidades de varones sin caer en un lugar que juzgue sino que comprenda y en estrecha vinculación con leyes, políticas o normativas que administran esa vida carcelaria para pensar en posibles aportes por esa vía. Sin embargo, el dilema no está resuelto y se actualiza a diario, en el campo. Si un diario campo se publicara a la par de mi tesis entonces los lectores encontrarían, ya no las fanfarroneadas “malinowskianas” sino los dilemas existenciales de una socióloga devenida antropóloga.

Los clásicos y “lxs otrxs”⁵

La primera de las corrientes en la que debemos pensar la relación con “lxs otrxs” y su inserción en el campo es el evolucionismo, desde la cual podríamos señalar que la pregunta es por cómo se vinculan con la diferencia, ya que su interrogación fundamental parte de la base de por qué los hombres son distintos a partir de su concepción de la evolución. En el marco en el que se desenvuelve esta teoría, que tiene distintos contextos y partes del mundo, vemos que la antropología se separaba de otros abordajes pero que buscaba pensarse a partir del método científico y la objetividad de las ciencias. Estas teorías se apoyaban en el interés por los pueblos primitivos o arcaicos como prueba del pasado.

La construcción de esa otredad entonces tiene un doble juego, el temporal, de ir desde el presente hacia el pasado; y el de ir descartando

⁵ Algunos de estos pasajes surgen de los debates durante la cursada de Teorías Antropológicas Clásicas en el IDAES-UNSAM, junto a un docente que resultó de suma referencia en estos intercambios: Gabriel Noel.

progresivamente adquisiciones culturales. Los evolucionistas como Morgan, Tylor o Frazer introducen al análisis la clasificación a partir de la sucesión del salvajismo a la barbarie y a la civilización. Metodológicamente los evolucionistas comienzan en el presente y para ir hacia atrás van quitando elementos hasta llegar al hombre primitivo, al deshacer el camino se termina en una meta común sin desviarse.

Uno de los representantes de esta tradición, Morgan⁶ llevaba adelante su estudio sobre los iroqueses en Estados Unidos intentando continuar procesos que buscaban indagar acerca de la cultura de poblaciones primitivas. Es a partir de inquietudes de la presidencia de Jefferson y su interés por estudiar a los indígenas, que propone el estudio a otras sociedades. Por eso las nuevas expectativas e interrogantes para la investigación están en vinculación con un contexto colonial y gubernamental. En el caso de Morgan, el contexto de fines de siglo de consolidación del Estado-nación es lo que lleva a los antropólogos a hacerse las preguntas de investigación: son un aporte y un diálogo con los problemas que dicho proceso atraviesa, revela y descubre. El aporte de la antropología tiene allí un fundamental compromiso con la época y una especificidad en su búsqueda de la comprensión de aquellos nodos fundamentales que preocupan para su afianzamiento.

En Morgan el acercamiento a “lxs otrxs” surge derivado de otras actividades y como un compromiso resolutivo de algunos problemas de época. Entonces, desde una especie de acompañamiento y de interpelación de la causa, Morgan ve a *los indios* desde un lugar distinto a Tylor⁷, ya no como diferentes y lejanos, sino desde un lugar al menos

⁶ Lewis Henry Morgan (1818- 1881) fue abogado, antropólogo y etnólogo estadounidense.

⁷ Tylor vivió de 1832 a 1917 y fue el primer catedrático de antropología en Gran Bretaña (en 1886). Sus “primitivos” son entonces ancestros que pueden ser estudiados en la actualidad, fundamentándolo a

un poco más cercano, incluso geográficamente hablando. Esto explica todos sus intentos prácticos por colaborar con algunos de los principales problemas, no solo a través de la escritura académica y la publicación de artículos sino también desde un lugar netamente político, en el Congreso. Caracterizado por su excelente observación, Morgan dispone un equilibrio entre un científico tenaz y un obsesivo con sus preocupaciones en el campo, más allá de todas las críticas que se le hicieron posteriormente, tanto por su perspectiva evolucionista como por su falta de implicancia respecto a la esclavitud.

En el trabajo de Malinowski *Los Argonautas del Pacífico Occidental*, aparece la necesidad de mantener distancia para neutralizar los prejuicios que veía en otros personajes viajeros, para acceder al objetivo de la antropología (distinto del pensamiento evolucionista que planteaba un avance evolutivo en el tiempo como desarrollo). Lo importante, entonces, es poder analizar el mundo según las perspectivas que los sujetos tienen de ese mundo, protegiendo el modo de vida de sus nativos y sus instituciones. Hay así, en contexto de Primera Guerra Mundial, una exaltación del mundo tribal, un contraste tácito entre este conjunto de tribus próximas y los Estados matándose: la guerra y la paz.

En aquella obra entonces, dispone una especie de manual alrededor del trabajo de campo evidenciando estrategias, habilidades y problemas que se manifiestan para desarrollar un óptimo acercamiento a los nativos. Así, la etnografía se convierte en la estrategia no solo de acercamiento a los nativos sino también de reconstrucción de aquella

través de la semejanza que existe por el principio de unidad psíquica. Son entonces, para Tylor, perfectas “muestras” para documentar objetivamente la forma en que se desarrolla la evolución de la especie humana, por ello son tomados como “objetos” de estudio, que si bien contemporáneos en tiempo, representan a los ancestros en desarrollo y evolución de manera hipotética.

experiencia y de ordenamiento de la información. Las recomendaciones que pone a disposición allí son, además, las que se instalan como la forma clásica del trabajo de campo: viajar al lugar, instalarse solo en medio de los nativos, dejarse llevar por su mundo y su punto de vista.

Para el autor, el *hacer* antropológico es una habilidad que se dispone aplicando estos consejos de manera sistemática y paciente. Implica, además, un acercamiento auténtico y no plagado de valoraciones morales que acrecientan las distancias entre etnógrafo e indígena. En la descripción de los rasgos íntimos, los detalles, las cotidianidades de la vida es donde se hallará finalmente la riqueza etnográfica: los imponderables de la vida real. En definitiva, la meta final es captar el punto de vista indígena, su posición ante la vida, como dice: “estudiar al hombre en aquello que lo une a la vida” (Malinowski, 1922: 41).

Hacia el final de su obra, Malinowski empezaba a interesarse por la situación colonial y las formas alternativas de administrar y gobernar. Lo que veía es que el nativo cambiaba a partir del contacto con los blancos, y en 1941 escribe “El salvaje contrataca” para pensar las formas de resistencia de los salvajes frente a estas situaciones.

Otro clásico, Evans-Pritchard, y su trabajo sobre los nuer, surge a partir de un estudio a petición del gobierno, lo que nos invita al debate sobre cómo llegamos al campo, cómo nos desplazamos. Hay una relatividad en la autonomía cuando se hace algo para alguien. Evans-Pritchard nos invita a pensar la rigidez en la investigación etnográfica, a no confundir el dogma con los métodos. Los pedidos de trabajos implican entonces condiciones que es necesario tener en cuenta y evidenciar, hay intensiones, intereses, etc., pero eso no hacen necesariamente a un trabajo menos rico o funcional al mundo colonial.

Algunos puntos de inflexión

Boas y sus estudiantes, Benedict, Mead, Kroeber, Sapir, etc., acentúan su perspectiva antropológica hacia la totalidad cultural de manera diferencial a la antropología británica que se centrará en estudios desde perspectivas sociales e institucionales. Así comienzan a aparecer estudios que también se interesan por poblaciones primitivas de Europa y Estados Unidos, Canadá, Latinoamérica y África. En el trabajo de Boas sobre los Inuits, no solo se afinan estrategias del trabajo de campo sino que además se implanta la interdisciplinariedad en el proceso de investigación. Surge, estrictamente de su perspectiva y su forma de comprender el mundo, las culturas y las ciencias, una estrecha vinculación con el contexto estadounidense, no sólo en la especificidad de la guerra sino también en aquello que construye a los "lxs otrxs" dentro del propio territorio.

El contexto de Boas, por los años 20, es un momento en el cual la antropología inaugura una nueva manera de interpelar el mundo contemporáneo a través de la crítica cultural. Por ello, a partir de jóvenes antropólogos insatisfechos con algunos de los valores centrales promovidos en ese entonces y con ideas más libres sobre otras dimensiones respecto a la época, van apareciendo algunos de los discípulos de Boas que producen también al campo de la antropología. Hay vinculación entre el descontento social y político característico de estos jóvenes en la época con su abordaje de estudio, *cómo ven* y *dónde miran*. Esto nos devuelve al debate sobre la vinculación entre la investigación y sus efectos. No es únicamente pensar de qué manera sirve lo que se estudia para pensar problemáticas sociales concretas y respuestas a ellas, sino más bien, estas preocupaciones yacen en el

núcleo de las motivaciones de lxs antropólogxs, en un sentido weberiano del juicio de valor: qué nos motiva a elegir ciertos temas. Cuando decidimos qué miramos y cómo lo hacemos, cuando buscamos otros caminos y otras respuestas, plasmando en los objetivos mismos aquel descontento.

Estos autores, Boas y sus discípulos, pusieron a la antropología, a sus principales conceptos y avances a disposición del momento político. Discutieron la idea de racismo y racialismo con el compromiso de dar batalla al nazismo e incluso participaron en trabajo de esfuerzos bélicos de la Segunda Guerra Mundial. Así, el romanticismo entra en conflicto y se distinguen los nativos del relativismo cultural con los nazis. Por eso empiezan a atacar los presupuestos nazis. Son muchos lxs antropólogxs que ejercen este trabajo durante la guerra, y vuelven a los estudios de carácter nacional. Queda así al descubierto el quiebre que implica pensar el compromiso científico desde la antropología que discute su pasado colonial.

Cabe además una reflexión sobre aquel compromiso de guerra, que tiene que ver con el aporte específico del trabajo etnográfico en un propósito o un objetivo político y crucial del momento. La antropología era participe de la estrategia nacional, se ponía al servicio de la nación, y sus principales referentes se las rebuscaban para poder dar respuesta a problemáticas contemporáneas desde las ciencias sociales.

Lo interesante, volviendo a aquel debate sobre el *para qué* de nuestras investigaciones, es esta relación y tensión constante entre el mundo de la academia, los especialistas y las investigaciones, desde nuestros intereses políticos, con la política pública, las agencias del estado, las reformas o modificaciones legislativas y demás. En este sentido, esta es una tensión que no se da ni unilateralmente ni es

resuelta de forma absoluta. Nada de esto da por sentado que todxs *tengamos que* ir por este camino.

En tal caso, se trata de la delimitación de objetivos concretos, contextos que habilitan o no a la participación de especialistas en diseño de políticas, en debates sobre leyes y reformas o implementación de algún tipo de transformación local (no pensando únicamente en términos estatales a “lo grande”). Es pensar los problemas del campo desde su complejidad. Y ese es un aporte que antropologxs y sociologxs tenemos para hacer en nuestros distintos campos de estudio. Pensar a la cárcel desde sus múltiples dimensiones y pensar estructuras, agencias, las problemáticas desde un lugar integral, es un aporte posible.

Y lo que resulta interesante es ver la forma en que a lo largo de la historia de la antropología clásica estas cuestiones se fueron configurando de diferente manera. Implica allí ponerse a delinear contextos de producción, geografías, intereses, posibilidades, debates y perspectivas. Pero, sobre todo, rastrear los detrás de escena de muchas de las interesantísimas experiencias que nos traen a la antropología actual. Lxs antropólogxs clásicxs estaban preocupadxs por sus contextos, sea involucradxs en pedidos gubernamentales o institucionales o problematizando formas de conocer y de vincularse políticamente con otros pueblos, que poco a poco empezaban a ser unos “otros” más cercanos, y no necesariamente en puntos muy distantes de los propios.

Con el tiempo, y desde antropologías (y sociologías) más cercanas en el tiempo, también hemos podido evidenciar este acercamiento de los lugares y las personas que pueden ser foco de interés y que refuerza esta idea del entrelazamiento entre nuestras inquietudes cotidianas y

los problemas de investigación que elegimos abordar. El gran ejemplo podría ser la Escuela de Chicago, quienes desde una situación específica de expansión de la ciudad y de aumento de conflictos urbanos, algunos profesores y estudiantes de la Universidad de Chicago empiezan a pensar estos problemas bajo el paraguas de la aplicación de las ciencias sociales. Así, desde la segunda década del siglo XX se despliega esta sociología urbana que se apoya en estudios empíricos en distintas zonas de la ciudad. En la sociología, este es un antecedente importante de la observación participante y la investigación en terreno, desde un interés explícito por mantener los fines científicos.

Si bien no representa una corriente homogénea, mantienen algunos puntos comunes que tienen que ver sobre todo con el corrimiento de investigaciones moralistas tradicionales para pararse desde el trabajo empírico, científico, para la resolución de problemas concretos. Desde este lugar entonces se separan de aquellos estudios que plantean la necesidad de alejarse y apartarse del contexto donde el antropólogo vive para poder entender e investigar a un "otro" lejano y distante. En este caso, no solo sus trabajos son motivados por problemáticas que los rodean e involucran sino que además ese trabajo de campo y ese estudio etnográfico es en su propia ciudad. Ya no se plantea un viaje al estilo clásico, separado de *otros blancos*. Y es central la inmersión de estos autores en los problemas que les competen. Como dice Rosana Guber⁸ (2001: 40): se pasa de familiarizarse con lo exótico a exotizar lo familiar.

La Escuela de Chicago nos sirve aquí para disparar el debate, para repensar nuevamente nuestra inmersión en el campo, los límites que tiene en nuestra vida el trabajo de campo. Desde un contexto diferente,

si pensamos los estudios etnográficos y sociológicos actuales de nuestros colegas, muchos son en territorios a los que con el simple hecho de tomar un colectivo llegamos a destino. Entonces, ¿cuáles son los límites del “ingreso al campo”? ¿Cuándo empieza y cuando termina?

Estas preguntas son dinámicas, y sus respuestas heterogéneas. La tarea de ubicarnos como antropólogos frente a estas instancias híbridas de desplazamiento, de ubicación y de temporalidad pueden ser un problema si no son pensadas y resueltas con equilibrio. En esta dinámica de pertenecer y no hacerlo al universo de estudios, en esta polémica entre el *hasta dónde* de nuestro vínculo, y en la dimensión espacial y temporal como problemáticas centrales para cualquier investigador/a. La Escuela de Chicago nos invita a estas preguntas, y nos invita a pensarnos como científicos sociales que no necesariamente debemos poner la carpa en medio de la tribu al estilo malinowskiano para poder estudiar algo. Es a partir de procedimientos serios, de explicitación de cada paso y de reflexión con la experiencia en el campo que esas contradicciones se van saldando. Es en el debate con colegas, en las aulas y en los proyectos colectivos que muchas de esas dudas se encuadran. Nuestro contexto de producción científica tiene esa inmensa contradicción entre la individualidad y lo colectivo, entre lo solitario y lo necesario que se hace transitarlo con otros. Y como retomaremos luego, son las redes la clave para pensar cualquier intervención o estudio en la cárcel.

Me parece interesante reponer la crítica de Geertz en los años sesenta a algunos de los postulados de la antropología clásica, para pensarlos como punto de partida en otras y nuevas reflexiones de antropologías más contemporáneas que sirven para problematizar el trabajo de campo, nuestro rol como investigadores y la reflexividad que

esto amerita. Hay una crítica que iniciaba Geertz a la noción de empatía de Malinowski. Aquel, no creía necesario que se produjeran procesos empáticos para lograr comprender, sino que lo que hay que hacer es una interpretación de la alteridad que se realiza a través de la traducción, que “consiste en algo más que ensamblar relatos particulares o imponer narrativas generales. Se trata de juntar en una visión coincidente la figura y el trasfondo, el acontecimiento pasajero y la historia de larga duración” (Geertz, 2000). Lo central de su método es la descripción densa, la constitución de “una jerarquía estratificada de estructuras significativas” que permiten dar cuenta de lo que pretenden los actores en medio de determinadas circunstancias o contextos sociales (Geertz, 2000: 13). “El conocimiento proviene estrictamente de la habilidad para interpretar sus modos de expresión, de lo que podría llamarse sus sistemas simbólicos, lo cual está condicionado por la aceptación. Comprender la forma y presión de o la vida interna de los nativos es más parecido a entender un proverbio, darse por aludido, entender un chiste o como he sugerido, leer un poema—que a comulgar” (Geertz, 1991: 110).

Esta selección de lecturas clásicas y algunas posteriores que tuvieron un rol central en la consolidación de la antropología, han sido elegidas y pensadas para los objetivos de este trabajo. En este sentido, los debates sobre el trabajo de campo, sobre el diálogo con las personas que estudiamos, han sido abordados explícita o implícitamente en todos ellos. Sin pretender una reconstrucción exhaustiva, las páginas precedentes invitaban a una reconstrucción para pensar en problemas actuales en torno al *quehacer* de la etnografía.

El compromiso

La perspectiva sobre cómo conocemos y sobre la forma en que lo ha hecho la antropología clásica es un tema de discusión entre antropólogos. A partir de estos giros y críticas a las antropologías más clásicas, se han ido consolidando nuevos debates en torno a la reflexividad del trabajo etnográfico que se apoya en ese acumulado de discusiones metodológicas y teóricas. En este apartado propongo pensar a partir de ellos la vinculación con el compromiso dentro de las ciencias sociales, promoviendo la articulación con mi propia investigación y las incomodidades que llevaron a esta reflexión. Entonces, lo que aquí se propone es mostrar cómo se fueron resolviendo algunas de estas cuestiones en el propio camino formativo.

La dimensión del compromiso, esa que Becker dice inevitable para cualquier cientista social (1967) cobra un lugar central. Y no fue la excepción en este proceso de investigación. Hay una preocupación latente entre antropólogos que tiene que ver con la definición de los *quehaceres*, de sus especificidades y su trabajo de campo. Si como dice Wright (1995) nuestra mirada es cualitativa y empática en las preguntas y abordajes, entonces la etnografía pareciera venir a salvar muchas culpas e incomodidades a partir de la vinculación con exs otrxs que estudiamos. Sin embargo, y como hemos visto hasta ahora, pasamos gran cantidad de tiempo expresando contradicciones y limitaciones para poder dejar sentadas las dificultades de muchas perspectivas que en las ciencias sociales hablan de problemáticas que estudiamos antropólogos, sociólogos e historiadorxs. En este trabajo me interesa poner sobre la mesa el proceso de deconstrucción de esa culpa epistemológica y de los vínculos con quienes son foco de mi investigación, para pensar la forma en que algo que se presentaba

como problema logró ir consolidándose como fortaleza o guía práctica en el trabajo mismo de esta investigación. Esto pone en cuestión, finalmente, lugar del “sujeto de conocimiento” y muestra otra potencialidad del trabajo etnográfico desde una experiencia que, a mi entender, parte de la militancia, del activismo, del feminismo y de una perspectiva de universidad compartida sobre la intervención.

Como expresan muchxs autores, es necesario problematizar el recorte que hacemos mostrando los límites y las potencialidades que estos traen consigo. Esto implica el reconocimiento de posiciones desde las cuales hablamos y escribimos sobre problemáticas sociales, a la vez que el compromiso de dejarnos transformar por el proceso en el que nos aventuramos (Wright, 1995). Como afirma Wright entonces, trabajar desde el movimiento, implica un desplazamiento, poner sobre la mesa preguntas que desarticulen nuestros propios límites, implica trabajar desde la curiosidad y dejarnos atravesar por emergentes del camino.

Dilucidar desde donde hablamos, miramos, sentimos y escribimos es poner también sobre la mesa cuestiones de poder, de género, de capitales y otras variables que median e intervienen en nuestros vínculos con otrxs. Existen múltiples interacciones y estas se conjugan de maneras distintas. En mi trabajo de campo suelo encontrarme con distintas formas de incorporar por parte de los detenidos varones mi lugar dependiendo el momento. Ser socióloga pesa en muchos momentos para ellos, mientras que en otros se prioriza por sobre todas las cosas el hecho de que sea mujer (y la única en algunas instancias). Así, podemos ver que las relaciones entendidas en términos de poder van variando, son dinámicas y dependen de las situaciones y las vinculaciones entre lxs interlocutorxs. Es decir, no debemos necesariamente ubicarnos en un plano de desigualdad en todas las

variables que se ponen en juego a la hora de relacionarnos por el simple hecho de ser antropologxs, sociologxs, o que nos interese estudiar un universo de sentidos que les son propios a otrxs.

Podemos dilucidar esta cuestión a partir de una escena durante mis actividades en la cárcel. Jugando un juego en parejas la consigna era encontrar una diferencia y una similitud con el compañero, me tocó con Luis, uno de los chicos más extrovertidos que conocí en la cárcel, al que le tomé mucho cariño. Me puse muy nerviosa a la hora de encontrar la diferencia porque creí que haría alusión a mi condición universitaria, pero rápidamente me corrió de ese lugar cuando dijo “bueno, la diferencia es fácil, vos estas en libertad y yo en cana, pasemos a lo que tengamos en común”. Me sorprendió muchísimo aquella escena donde yo hubiese pensado primero mi rol más académico y luego mi condición de mujer, pero él destacó lo que para él resulta un problema primordial: la libertad. La libertad era lo que estructuraba la preocupación fundamental de Luis y por ende, lo que nos diferenciaba. Esto muestra que muchas veces, en la búsqueda de problematizarnos, nos detenemos de más en aspectos que no son necesariamente, o siempre, ubicados como centrales para nuestros interlocutores.

Hasta hace poco tiempo, durante mi trabajo de campo, experimentaba muchos complejos alrededor de mi vínculo con los detenidos con los que proponía trabajar, con muchas limitaciones para superar sentimientos de culpa y disconformidad alrededor del *cómo* y *para qué* de mi investigación. En este sentido, opté por deshacerme de esas controversias desde un lugar práctico. En mi trabajo específico, la conjunción entre espacios de militancia de muchos años con trabajo docente y de investigación no debe ser entendida como un problema sino más bien como una potencialidad. No vengo a *hablar por otros*

(Wright, 1995; Wolf, 2001) sino a consolidar una experiencia personal que es a la vez social y política, en el vínculo con detenidos de la provincia de Buenos Aires. La culpa empieza a cesar en tanto mi descentralización y movimiento se viene dando alrededor de este "campo" hace muchos años y desde un lugar comprometido con que así sea, dejando lugar para aquel desplazamiento (Wright, 1995).

Es por esto que resulta tan interesante la propuesta de desandar la rigidez de la antropología que hace Stoller (2009), quien plantea cómo en la tensión entre lo que se nos pide hacer y nuestros deseos más creativos podemos generar una etnografía innovadora. Así, corriéndonos de la culpa y concentrándonos en la experiencia, el trabajo de campo y los vínculos con las personas se relajan para ahondar en sus potencialidades. Poner estas cuestiones sobre la mesa será siempre una responsabilidad metodológica y ética, pero que no viene a limitar el porvenir del estudio sino más bien que lo sitúa en tiempo, espacio, relaciones, lugares diferenciales de unxs y otrxs, para pensar una experiencia. Si esto, fortuitamente contribuye a pensar desde una perspectiva diferente un aporte más allá de lo que se "escribe", entonces la conjunción de objetivos de distintos tipos habrá llegado a buen puerto. En el proceso, ya hay movimiento y una experiencia de transformación que me resulta por sí misma interesante.

Ya lo hemos visto desde las antropologías clásicas, desde las críticas a las mismas y desde las diferentes expresiones de etnografías en la actualidad. Nadie habla desde un lugar neutral. Sea por pedidos de gobiernos, sea desde perspectivas coloniales o por disconformidad con el "sueño americano", antropólogos clásicos se ubicaban ya en una vereda de tantas, en un lugar que lejos de ser ingenuo también expresaba intereses, recorridos, objetivos diferentes. Decía Pierre

Bourdieu: “en la medida en que es científica, en la medida en que devela lo oculto, la sociología [y la antropología] tiene un efecto crítico” (Bourdieu, 2002: 109). Los intereses, agregaba aquel autor, están muchas veces relacionados con el término economicista del capitalismo actual. Sin embargo, por detrás de investigaciones y docencias, los intereses también existen y dilucidarlos es, finalmente, nuestra tarea (Bourdieu, 2002).

Una mujer estudiando varones detenidos

La experiencia de ir sola a la cárcel de varones fue, sin duda, una dinámica diferente. Con varios años de experiencia en otras unidades, pero a las que asistía junto a compañeras de mi organización, me aventuré en una nueva cárcel donde vivía⁹ un amigo, Ezequiel, detenido con quien venía haciendo talleres y actividades hacía ya muchos años. Sí, el cariño también juega un rol fundamental en esta etnografía. Esta vez, explícitamente, me adentraba en esta nueva etapa para combinar un espacio que nos sirviera a todxs. Así, un espacio de reflexión y de debate colectivo surgía como propuesta para dialogar sobre diferentes problemáticas que iban surgiendo a medida que avanzábamos. Cuáles eran esas problemáticas eran a veces propuestas mías, y muchas otras, casi todas, surgían de sus intereses.

Tardé poco tiempo en entender la dinámica del lugar, incorporarla, conocerlos. Todos me respetaban desde un lugar más lejano al

⁹ Decir “vivía” tiene una connotación importante. Me interesa destacarlo en tanto las personas que se encuentran privadas de la libertad en las cárceles *viven* durante un tiempo—que pueden ser muchos años—allí. Y eso nos pone en la obligación de decirlo, porque atribuye responsabilidades también políticas de considerar urgente establecer condiciones de habitabilidad que son hoy una emergencia en la PBA. Tal vez, conceptualmente, la idea de privación o “alojados” en una cárcel tiene más recorrido y contundencia, pero la noción de “vivir” no solo le da el carácter de experiencia cotidiana que para esas personas tiene sino que muestra que las cárceles deben ser abordadas con esa seriedad.

principio: “profesora”. Pero se fueron acercando poco a poco hasta que construimos un vínculo de mucha confianza. Se notó mucho el segundo año, cuando aquellos que ya me conocían recibieron a los nuevos, y estos entendieron rápidamente la dinámica del espacio. Talleres, debates e intercambios de todo tipo. Charlas distendidas, invitaciones a eventos. Me di cuenta que estaba dentro cuando ellos se animaban a contar cosas que, tal vez, no contarían delante de todos. Yo estaba de este lado de la puerta, del lado donde la confianza *daba* para contar lo que sea.

“¡Por qué la tratás de usted, es Inés!”, interpelaba Rolo a otro muchacho, mucho más joven que él, que por conocerme hacía poco tiempo todavía me seguía tratando de usted o de profesora. Eso se fue desarmando, lo fuimos desarmando. Cuando me preguntaban si me daba miedo ir sola a una cárcel de varones me sorprendía, porque yo me sentía muy cómoda ahí. Me sentía cuidada. También sentía que era obligatorio reflexionar sobre la cuestión de género que se ponía en juego ahí. Pero yo veía que no era solo eso, y era muy difícil de explicarlo. Incluso, desde una dimensión corporal. Mi cuerpo estaba relajado en ese lugar, y fue a través del cuerpo donde experimenté algunas de las mejores sensaciones en esa cárcel, como jugar al fútbol en la cancha, esa cancha que tanto significado tenía para ellos en sus cuentos, en sus emociones, en sus relaciones y que pudimos compartir.

Por eso, la reflexión sobre ser mujer e ir a una cárcel de varones se corre, en mi experiencia, de un análisis lineal entre género-cárcel, un lugar en el cual como lectorxs desprevenidxs, o en el apuro de simplificar, podríamos caer. La construcción de solidaridad, confianza y cariño que generé con muchos de ellos fue puntapié para construir un

espacio de cuidado. Y no desde la *caballerosidad*¹⁰, sino desde la confianza.

¿Qué tiene esto que ver con la dimensión previamente mencionada sobre las militancias y los activismos en cárceles? Justamente, que nada de esto hubiera sido posible sin aquellas redes, sin esos entramados de acción política, de solidaridad, de construcción colectiva que enseñan, que dejan rastros en sus espacios de intervención, en las personas que son parte. Ese ir *sola* a la cárcel nunca fue del todo sola, por los que esperaban adentro, y por lxs que siempre estuvieron en ese continuo de afuera-adentro, las organizaciones sociales, las universidades, las militancias y todos sus aprendizajes.

Pisar las cárceles implica también rodearse de situaciones complejas. Muchas veces implica cercanía con el sufrimiento, el dolor, la rabia. Emociones que las personas detenidas y sus familiares experimentan en unas y otras circunstancias debido a la privación de la libertad, a las malas condiciones de detención, a las incertidumbres judiciales y penales. Pero, además, durante el trabajo de campo y como parte de la investigación, vivenciamos situaciones de conflicto como fueron huelgas de hambre en 4 ocasiones y una enorme represión. En todas esas circunstancias, las redes se volvían el corazón de la cárcel. El sufrimiento, el miedo, la incertidumbre, se atravesaba con otrxs. Desde adentro y desde afuera se tienden cotidianamente redes de contención y de cuidado entre detenidxs, familiares, organizaciones sociales, universidades y organismos de Derechos Humanos que, sobre todo en eventos peculiares donde las violencias y el sufrimiento cobran

¹⁰ Que también atravesé en mi paso por la cárcel donde se muestra una exacerbación de garantizarte comodidades por ser mujer, cierto respeto, no hablar “guarangadas”, no dejarme mover ni una silla ni un cuaderno, ahorrarme cualquier esfuerzo físico, etc.

centralidad, se vuelven el sostén de lxs diferentes actorxs. Por eso, *poner el cuerpo* en la cárcel nunca se da aisladamente.

Parte del título de esta tesis en curso, producto de esta etnografía es: *Poner el cuerpo*. Esto surge, fiel al estilo etnográfico, en y desde el trabajo de campo. Porque *poner el cuerpo* es una dimensión que alcanza a las personas detenidas con las que trabajé pero también me alcanza a mí como etnógrafa, militante y docente en cárceles. Tiene que ver con “sentirse afectadx” (Bover, 2019; Favret-Saada, en: Zapata y Genovesi, 2013) donde la situación y la experiencia *en* el campo como investigadorxs también hace a nuestras investigaciones, donde “ser afectadx” es también pasar un límite fundamental para estar más cerca de la confianza de lxs interlocutorxs donde es necesario pensar por qué y dónde se produce. Este título es de forma y contenido, fiel a la experiencia de estos detenidos *en* la cárcel, representa las diferentes dimensiones de la politicidad que esta tesis propone abordar, desde una perspectiva de género. Pero también nos habla del proceso, nos habla del trabajo etnográfico, del activismo que hay por detrás, de lo que implicó e implica ir y hacer en la cárcel.

Ese *poner el cuerpo* tiene que ver con la experiencia de privación de la libertad. Esa que día a día golpea a los cuerpos. Tiene que ver con vivir encerrado, con la escasa comida, con los límites a los movimientos, a los tiempos. *Poner el cuerpo* es estar quieto en lugares ínfimos. Pero la tesis en la que se enmarca este artículo propone ir por otro lado, propone la otra cara de esa misma moneda: *poner el cuerpo* es la experiencia política, es la resistencia, de los entramados para vivir el día a día, de la solidaridad diaria, que también abunda. Entonces, es necesario es poner el ojo en el resto de las dimensiones, no solo en las violencias y opresiones de la cárcel sobre las personas.

Federico Neiburg decía en su trabajo *Serendipitous Involvement: Making Peace in the Geto* que en contextos donde pedir ayuda es algo vincular a situaciones críticas de los territorios, es importante no ubicarnos ni en un lugar heroico ni demasiado optimista. Puede que nuestra contribución sea pequeña en un contexto estructural complejo. Aunque no por eso hay que subvalorar nuestro trabajo. Porque son las redes que se tienden en la cárcel y sus alrededores las que generan el potencial de transformar algo, por más mínimo que sea.

Poner el cuerpo en la cárcel tiene muchos significados. Es el abrazo esperado de la visita, es una mala atención a la salud, es hacer una huelga de hambre porque el cuerpo es lo único que les queda para reclamar por sus derechos, esos tan bastardeados por las agencias y sistemas judiciales y penitenciarios. Por eso, y esto sí como algo estrictamente etnográfico, esa experiencia es política. *Pisar la cárcel, llevarla* es para ellos una experiencia política. También lo fue para mí, quien como etnógrafa, pero también docente y militante, compartí esas experiencias en los debates, en pensar de manera conjunta esa vida cotidiana, esos conflictos específicos, esos vínculos interpersonales.

En este sentido, los debates en torno al trabajo de campo, a cómo nos vinculamos con las personas que estudiamos, donde nos remitimos a los clásicos, a los debates posteriores de la antropología y a las críticas a algunas de esas perspectivas, sirvieron en este camino para desarmar los problemas que este campo particular presentaba en la configuración de una investigación que se enmarca en otros roles, con activista y docente. Todas esas lecturas y debates ayudaron a consolidar esta perspectiva y este lugar en el campo, así como a diagramar una tesis que lograra articular metodológica y teóricamente estos postulados. Entender que podía pensarse una tesis en este sentido fue

producto de ese proceso, que este artículo intenta mostrar. *Poner el cuerpo* fue necesario para comprender, pero fue también el punto de partida. Y en ese sentido, los complejos alrededor de los *quehaceres* como antropóloga se fueron desarmando.

Reflexiones finales

Queda así planteado el desafío: resolver los dilemas desde y en la práctica. Debatir entre colegas, encontrarnos en las contradicciones del trabajo de campo, del trabajo antropológico que, como dicen Garriga Zucal y Noel (2009), no establece límites claros sobre la ética, la confidencialidad y el cuidado. La premisa con la que nos proponemos trabajar entonces tiene que ver con no juzgar sin comprender (Geertz, 1996: 62). Es acá que, la potencialidad de las etnografías en cárceles me ha dado respuestas en el encuentro con otrxs que también atraviesan muchxs de estos dilemas. Pero, además, ese “entrar sola” a la cárcel, de repente se descentraliza cuando encontramos “dentro” un montón de personas que no solo acompañan, sino que también construyen esos espacios de mutuo cuidado. Por eso las potencialidades de las redes alrededor y en las cárceles. Que muchas veces nos encuentran con colegas de otros puntos del país, con otras disciplinas, con familiares de detenidxs, con las personas privadas de su libertad.

Quiero cerrar esta reflexión con dos escenas del trabajo de campo. Por un lado, con una situación en la cual durante mi estadía en la cárcel comenzaron a escucharse disparos, y gritos, y nos asomamos por la ventana a ver qué pasaba y había detenidos corriendo, agentes penitenciarios persiguiendo a algunos de ellos con sus armas, disparando, saltando alambrados y los guardias de los perímetros apuntando también. En ese momento los que estaban conmigo no solo

me tranquilizaron sino que se ubicaron en el espacio de tal manera que, para llegar a mí, tuviesen que pasar por todos ellos, mientras otros fueron a las rejas que dividen el espacio para avisar que yo estaba ahí. Esto no solo me hizo sentir segura sino que apaciguo el miedo y me transmitió una sensación de cuidado que no había sentido nunca en la cárcel.

La otra escena surgió en una ocasión en la que me encontraba dictando un taller en un aula del centro de estudiantes que se conecta con uno de los pabellones. En el taller participaban detenidos de todos los pabellones, tanto de población, evangélicos y el universitario. En un determinado momento se empiezan a sentir ruidos y gritos y me asomo por la escalera en forma de caracol a ver qué sucede: veo subir dos penitenciarios armados y preparados con el uniforme que suelen usar los equipos de requisas. "Está Inés" le gritan desde atrás mío. Los agentes suben, miran a todos y el espacio, me piden disculpas por la interrupción y se retiran. Yo estaba a punto de terminar e irme, pero todos empezaron a pedirme que me quedara, que hiciéramos juegos, que charlemos, que por favor no los abandone porque si me iban esa requisas iba a volver. Aquel día me quede tres horas más de lo pautado. A la semana siguiente, no solo me agradecieron, sino que admitieron que realmente cuando yo estaba en la unidad ellos se sentían protegidos, a salvo, fuera de muchos riesgos que sienten en la vida cotidiana.

Traigo a colación estas escenas, para explicitar esta convergencia entre sensaciones, objetivos, experiencias que atravesamos durante el trabajo de campo, en los lugares que habitamos al trabajar y los vínculos que vamos consolidando en ese tiempo. Ser mujer no me ubica a priori en un lugar de vulnerabilidad, ni un lugar pasivo, sino que todas

las dimensiones se juegan situacionalmente, y esto es lo que me parece importante remarcar para este trabajo, porque los mismos interlocutores hacen uso de mi presencia, se mueven en vinculación a ella de distintas maneras y me van ubicando—y yo lo hago—en lugares diferentes. Las emociones que atravieso en la cárcel, pero también los detenidos con mi presencia allí, no solo son dignas de una reflexión metodológica sino que nos dirán mucho sobre el territorio y las personas que queremos estudiar.

El debate por el trabajo de campo es, finalmente, crucial para atravesar este camino antropológico (Guber, 1991), que en la actualidad está además ampliamente atravesado por discusiones reflexivas alrededor del *cómo* hacemos lo que hacemos. En este sentido, cada problema, cada tema y cada campo presentarán sus desafíos, pero es a partir de la experiencia de otrxs y con otrxs que se avanza más rápido, con más seguridad.

En este camino, los debates sobre el campo, las incomodidades sobre "lxs otrxs", y las sensaciones encontradas de la construcción de una investigación y sus objetivos no son meramente cuestiones individuales que quedan a la libertad de la experiencia individual. Cuando nos encontramos con una serie de autores que procede de ciertas maneras y no de otras, que toman decisiones distintas, que viven de forma diferente sus propios acercamientos al campo y a la vida académica a aquello que parecía un procedimiento único y estricto, entonces se abre la esperanza de no ser simples "acomplejadxs" de la etnografía. Es en este encuentro reflexivo donde muchxs canalizamos esas dudas. Que, por cierto, se resuelven *in situ*, en el campo, en la experiencia, y siempre en diálogo con las diferentes redes que nos rodean: compañerxs, colegas e interlocutorxs.

Referencias

- Bartolomé, M.: "En defensa de la etnografía. Aspectos contemporáneos de la investigación intercultural", *Avá*, 5, 2004, 69-89.
- Becker, H. S.: "¿De qué lado estamos?", *Delito y Sociedad*, 21, 1967, 89-100.
- Benedict, R.: *El Hombre y la Cultura*, Buenos Aires: CEAL, [1934] 1971.
- Boas, F.: *Cuestiones Fundamentales de Antropología Cultural*, Buenos Aires: Schapire, [1911/1938] 1964.
- Boas, F.: *Race, Language and Culture*, New York: Free Press, 1968.
- Bourdieu, P.: *Intervenciones políticas: un sociólogo en la barricada*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2015.
- Bover, T.: "Un día a los tiros: acceso y confianza en una investigación sobre policías", *Publicar*, XVII (XXVII), 2019.
- Evans-Pritchard, E. E.: *Los Nuer*, Barcelona: Anagrama, 1979.
- Geertz, C.: "'Desde el punto de vista de los nativos': sobre la naturaleza del conocimiento antropológico", *Alteridades*, 1(1), 1991, 102-110.
- Guber, R.: *La etnografía, método, campo y reflexividad*, Bogotá: Norma Editorial, 2001.
- Malinowski, B.: *Los argonautas del Pacífico occidental*, Barcelona: Planeta-Agostini, 1986.
- Mead, M.: *Adolescencia y Cultura en Samoa*, Barcelona: Planeta-Agostini, 1993.
- Morgan, L. H.: *La Sociedad Primitiva*, Madrid: Ayuso, 1971.
- Morgan, L. H.: *Systems of Consanguinity and Affinity of the Human Family*, Córdoba: Jorge Sarmiento-Universitas, 2007.
- Neiburg, F.: "Serendipitous Involvement: Making Peace in the Geto", en: Fassin, D. (ed.): *If True be Told. The politics of public ethnography*, London: Duke University Press, 2017.

Noel, G. y Garriga Zucal. J.: "Notas para una definición antropológica de la violencia: un debate en curso", *Publicar*, VIII (IX), 2010, 97-121.

Stoller, P.: "Re-writting Culture", *Etnofoor*, 21(1), 2009, 45-59.

Wright, P.: (1995). "El espacio utópico de la antropología. Una visión desde la Cruz del Sur", *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, 16, 1995, 191-200.

Zapata, L. y Genovesi, M.: "Jeanne Favret-Saada: 'Ser afectado' como medio de conocimiento en el trabajo de campo antropológico", *Avá*, 23, 2013, 49-67.